



EL CISNE DE VILAMORTA

NOVELA POR DOÑA EMILIA PARDO BAZÁN

No sé si cometo una indiscreción, si soy inoportuno atreviéndome á escribir, aunque sea poco, de literatura. Hace un mes nadie pensaba más que en huir de la muerte, y ahora todos piensan en correr á su encuentro en el campo de batalla; pero á nadie se le ocurre leer libros, ni menos comprarlos, ni mucho menos pasar los ojos por las revistas literarias. Sin embargo, sin remontarnos al manoseado *eureka* de Arquímedes, podríamos recordar el lector y yo multitud de casos en que, á pesar de verse la patria en peligro, hubo quien pensó en materias científicas ó artísticas, por completo ajenas á la guerra. Recuerdo ahora que Paul Albert escribió su excelente *Historia de literatura romana* durante el sitio de París, en que él padeció lo que todos; y como este ejemplo hay muchos. Creo, pues, que, siendo breve, puedo, sin pecar de extemporáneo, decir algo de un libro que aunque

ninguna luz arroja sobre la cuestión de las Carolinas, tiene su importancia.

Doña Emilia Pardo Bazán, que es uno de nuestros mejores críticos, notable historiador, y muy erudita, es también uno de los buenos novelistas de la que se ha dado en llamar nueva escuela. Después de *Pascual López*, felicísimo ensayo, escribió otras dos obras de este género. *Un Viaje de Novios* y *La Tribuna*, y ahora viene á aumentar su crédito con *El Cisne de Vilamorta*, muy discreta novela en que se ve á cada página la eficaz ayuda que á un buen ingenio prestan la experiencia y la reflexión. La crítica, no tan desdeñosa con esta ilustre dama como con otros autores, ha dedicado su atención al libro de que ahora trato, y poco menos que unanimidad ha habido al juzgar el mérito del *Cisne* gallego. Yo me apresuro á decir que voto con la mayoría; y no lo extrañará el que por casualidad conozca mi opinión respecto de la escritora coruñesa, verdadera gloria de su patria.

Es Emilia Pardo uno de los españoles que más saben y mejor entienden lo que ven, piensan y sienten. Tratar con ella, siempre es aprender mucho; y así, en sus mismas novelas, donde menos quiere enseñar, lo que resalta más es el talento, la penetración, la claridad con que ve y expresa, la corrección con que dice, lo sabiamente que compone, la perspicacia con que observa.

El Cisne de Vilamorta es una de las obras predilec-

tas de su autor, y se explica, no sólo porque es la más reciente, sino porque refleja (tal vez mejor que ninguna) el carácter literario de quien escribió ese maravilloso libro de crítica que se llama *La Cuestión Palpitante*. Será en vano que se le diga que en *Un Viaje de Novios* había más originalidad, más gracia y frescura, una ligereza clásica encantadora; ella prefiere *El Cisne*. Y tiene sus argumentos; *El Cisne* es obra más pensada, más canónica se pudiera decir; su composición es mucho más sabia; la unidad de la acción más patente.

Sea como quiera, es claro que esta novela prueba grandes progresos y hace esperar, tal vez para muy pronto, una obra maestra. Yo debo confesar que mientras leía las aventuras tristes y resobadas del pobre diablo que imitaba las rimas de Becquer—Segundo García, *El Cisne*—iba pensando en la habilidad recóndita con que el autor describe, analiza y, llegado el caso, inventa imitando el movimiento natural y probable de la vida, tal como se tiene que presentar en los lugares escogidos para el cuento. Se ha dicho que el protagonista era un pedazo de madera, que no interesaba, que aquello no era romanticismo, etc., etc. Es verdad, salvo lo de no ser romántico García; romántico sí es, pero como lo puede ser un madero; si fuera realista ó pesimista, ó lo que los críticos quieran, lo sería también como lo es la madera cuando se mete en estas honduras.

Muchos de esos críticos no han visto, y Dios me perdone, que Segundo García son ellos. Si Segundo fuese crítico y se le ofreciera su propia imagen como protagonista de un libro, diría pestes de sí mismo. Si alguna censura poco favorable merece *El Cisne*, que no lo niego, no es ciertamente porque Segundo sea como es. El Federico de *La Educación sentimental* no es de otra estofa, y hace lo que García hiciera viviendo en París y no en un rincón de Galicia. La culpa de que el interés que despierta el libro no sea muy grande, no está en el carácter de Segundo, sino en el autor, que no quiso estudiar á su personaje más que en un momento de su vida, en una sola aventura, y cuando los *yangüeses* de la realidad fría y seca le dan la primera paliza. Hablando de algunas novelas de otro escritor de grandes esperanzas, también he dicho algo como lo que ahora tengo que hacer notar á la señora Pardo: un hombre vulgar sirve perfectamente para protagonista de un libro, pero hay que ahondar en el hombre y traerlo y llevarlo un poco por el mundo. Si no se hace esto, el libro no estará mal (si hubo talento para pintar el carácter), pero sabrá á poco á todos, y á soso á muchos.

Por lo demás, todo lo que hace y dice el imitador de Becquer está muy en su punto, y yo soy voto en la materia, porque conozco á muchos cisnes de ese jaez... y aun temo que alguno de ellos me ha de dar jicarazo, como pueda.

Sí; esos imitadores son así, y tienen su novela en su armario. ¡Lástima que la señora Pardo Bazán no haya pintado el tipo insistiendo más en su aspecto cómico; que tratándose de tal personaje no había miedo de caer en lo falso, á poca prudencia que se tuviera. Aunque el autor de *Un Viaje de Novios* no confía mucho en su talento para provocar la risa, demuestra, las pocas veces que lo intenta en *El Cisne*, que sabe combinar las contingencias de modo que lo cómico aparezca con todo su alegre acompañamiento de carcajadas. Cuantas veces tropieza Segundo con los cerdos de su pueblo, se anima y alegra el cuadro; y bien puede decirse que aquella descripción del contraste que ofrecen las tristezas y *scudades* del poetastro con el mondongo, es de lo más interesante y expresivo del libro.

También es muy interesante y muy significativo, y bien estudiado, y real, cuanto se refiere á Leocadia, la maestra, aunque la historia de su sacrificio esté contada muy de prisa. No me gusta por lo general—y menos tratándose de autores que pueden ser mis maestros en todo, como sucede á la señora Pardo Bazán—no me gusta decir que un artista debió tirar por aquí, y marchar por allí, en vez de emprender por donde emprendió; más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena; pero es lo cierto que Leocadia Otero es un personaje mucho más fuerte, representativo, original é interesante que la señora del diputado, y

que tal vez la novela hubiera sido más buena cambiando la perspectiva y presentando más cerca y más grande á la maestra, hablando más de ella, y menos de la señora frágil, que aunque está perfectamente tomada del pícaro mundo en que vive, ofrece menos novedad, y tonos mucho menos vivos.

Además, la pequeñez de Segundo, su especialidad de majadero romántico y grafomano, se ven mejor en sus relaciones con la maestra que en las que tiene con la señorona; porque éstas no son particulares de los *Cisnes*, sino comunes á toda clase de pájaros.

Así, cuanto le sucede por este camino á Segundo García, le había sucedido, salvo el vencer, al *Señorito Octavio*, de A. Palacio, el cual—el señorito—ó yo recuerdo mal, ó no era poeta.

Pero sea poco, sea mucho, cuanto se dice de la maestra me agrada, y tanto ella como su hijo, como su criada, como su hogar lleno de poesía pobre y humilde, merecen fijar la atención de la crítica para que se pueda reconocer una vez más y ante nuevos títulos, que doña Emilia Pardo Bazán no debe al favor ni á la condescendencia el ser tenida por artista verdadero, por novelista de positivo mérito.

Después de Leocadia, quien más me gusta á mí es el diputado, á pesar de las pocas cartas que toma en asunto que tanto le interesa. Pero aun esta escasez está bien, porque se completa el personaje, observando que más debe tal hombre atender á sus recuerdos

y á su salud, que á otra cosa. Es una de esas figuras de segundo término que no suele admirar el vulgo porque no las ve llenas de luz, pero que el verdadero aficionado á estas materias contempla con deleite, paladeando todos los sabios y oportunistísimos pormenores de la composición esmerada.

Fuerza mayor me obliga á escribir hoy poco. *El Cisne* merece análisis detenido; pero ya que yo no puedo hacerlo, diré de prisa y á saltos algo de lo mucho que acerca de él se me ocurre, y que todavía no va indicado.

El lugar de la escena está descrito con la maestría á que el autor nos tiene acostumbrados: calles y campos tienen el mismo color, idéntico dibujo que la realidad vista por quien sepa ver y atender. Como la novela es corta y los caracteres principales y lo que se llama intriga ocupan muchas páginas, poco espacio queda para retratar la vida y costumbres de aquellas gentes; pero el autor tiene, por fortuna, la vara mágica de la concisión y sabe pintar en cifra, y merced á esto se remedia la falta de espacio que lamento. En cuatro palabras dice Emilia Pardo lo que otros en cuarenta. Sin embargo, á veces la impresión no se produce por culpa de esa brevedad forzosa. Muchos tipos y manías aparecen en este libro que desearíamos los lectores que hablasen y se moviesen más para conocerlos mejor. Tanto nos gustaron en el breve espacio que los oímos.

¿Qué decir del estilo de quien tiene fama, ha tiempo, de maestra en esta materia? Habla Emilia Pardo con naturalidad admirable, y como quien no hace nada, describe y narra en castellano castizo como pudiera hacerlo un francés con su idioma trabajadísimo y tan apto para ciertos pormenores de análisis y de pincel. ¡Lástima que en el lenguaje no siempre haya igual naturalidad y el autor se empeñe en rebuscar palabras no injustamente olvidadas y en armar caballeros á muchos términos técnicos que no hacen falta por ahora en la literatura artística!

Sin recurrir á nada de eso, ha demostrado mil veces el autor de *San Francisco de Asís* que es uno de los prosistas más abundantes de España; y aun sin contar con la riqueza de color de su lenguaje, sólo por la copia de su vocabulario pueden ser estudiados, y muy estudiados, los libros de tan feliz hablista.

Y con todo lo dicho no se entienda que digo que *El Cisne de Vilamorta* es la mejor obra de su autor. No; no lo es entre las ya escritas, y mucho menos puede serlo entre las que ha de escribir. De estas últimas espero, con legítima esperanza, maravillas; y día llegará, me lo da el corazón, en que pueda decir con la sinceridad que siempre he usado: «Ahí tienen ustedes una obra maestra: la ha escrito el mejor artista de Galicia; uno de los mejores de España. to profetizo; y si no, al tiempo.



Poesías de Menéndez Pelayo.

LAS *Odas, Epístolas y Tragedias* de Marcelino Menéndez Pelayo son el libro más notable que se ha publicado estos días. Pero Menéndez Pelayo es una personalidad literaria con un carácter muy singular. No es uno de tantos jóvenes, ó viejos, aprovechados que no hacen sombra, y de los cuales todos los revisteros dicen, á poco que se les apure, que se *han colocado en primera línea*. A Menéndez le tienen envidia muchos, muchos más de los que parece; hasta personas serias que fingen estar por encima de estas pequeñeces. El trabajo de la gacetilla, elevada á la institución de crítica mediante la revista (el artículo ligero con estrellitas intercaladas), ha sido y sigue siendo, ensalzar á las medianías y despreciar á las personas de mérito notable. Muchos que hasta pueden ser académicos, no le perdonan que sepa griego y latín al profesor de la Central.

Además, aun entre las personas de buena fe, hay mu-

chos que todavía profesan la teoría de que el poeta es un sér excepcional que lleva dentro de sí al dios que *est in nobis*, y mediante el cual *calescimus!* (Bien que ellos lo piensan en castellano.) Para todos éstos, Menéndez Pelayo no es, no puede, no debe ser poeta.

En cambio, esos mismos caballeros llaman poeta descriptivo á un señorito que llega de Andalucía con alicatados, cresterías, tracerías, dovelas, ajimeces y arabescos suficientes para restaurar la Alhambra; que hace quintillas que parecen liquidaciones de quincalla por cesación de comercio, y que no tiene pies ni cabeza en cuanto escribe; que habla de la Naturaleza como un ciego de nacimiento, y se pasa la vida diciendo cómo cantan los gallos, á la manera que cierto pintor amigo mío no pinta más que carromatos.

A esta clase de críticos que hacen de la noche día, pertenece aquél que se incomodaba conmigo porque yo censuraba á un poeta que sentaba á un tirano sobre un dosel; y decía el crítico:—Déjele usted; eso es un lunar que tiene gracia. En Menéndez Pelayo no hay gracia de este género.

Lean ustedes todo su libro de versos; no verán un solo disparate. Dicen sus enemigos que ha aprendido lo que es mundo en los libros. Pues buenos libros deben de ser, porque Marcelino Menéndez coloca siempre las cosas en su sitio y no cueлга las algas del mar de los lentiscos; ni oye los trinos de las gaviotas, ni hace pasar á los viajeros que van de aquí á Palestina por el Ecu-

dor, ni siquiera por el trópico, porque no hace falta. Más vale haber leído libros que escribirlos tales que no se puedan leer. El vulgo lo dice: el saber no ocupa lugar. Y sepan ustedes que esos poetas alemanes y franceses, que tanto se alaba por ahí, sin conocerlos, por supuesto, ¡no faltaba más! (¿quién lee libros? ¡uff! ¡qué pestel!) se dan por muy contentos cuando saben un poquito de griego. Ese divorcio que aquí la ignorancia pretende establecer entre el conocimiento de las letras clásicas y la espontaneidad literaria, no se ve más que por estas tierras. Los más avanzados innovadores de las literaturas extranjeras sabían latín y griego, ó tenían el pudor de hacer como que lo sabían.

El jefe de esa escuela que tanto da ahora que maldecir á los meticulosos enemigos del realismo, Flaubert, era todo un arqueólogo y un filólogo; y no se diga nada de los Freitag y Auerbach de Alemania; hasta los poetas de la escuela *plástica* francesa, *los parnasistas*, son conocedores de los buenos líricos griegos; y cuando no, los leen traducidos. Y en todo el mundo civilizado, para abreviar, se respetan y se cultivan las humanidades, se estudian con peor ó mejor sentido. Pollastre literario hay por esos periódicos de Dios, que se ríe de Horacio, y se le figura como un pedante insufrible, que escribía con hipébaton por dar que hacer á los chicos. Y ese mismo escribirá un artículo de *costumbres* en puro romance (eso de puro lo veríamos), retratando al charlatán, por ejemplo, sin saber que todo eso lo había

hecho mejor que él, y con más gracia, ese Horacio que él supone armado de disciplinas...

Es una vergüenza lo poco que aquí se estudia. Se hace gala de ignorar lo que en otras partes es elemento indispensable de la educación; muchacho hay, con buenas disposiciones naturales, que piensa que es el colmo del *humor* no saber palabra de griegos y romanos. En un país así se le ha ocurrido á Menéndez publicar un tomo de versos, en que no hay aquello de «el algo desconocido,» ni poesías que parecen telegramas para Filipinas, según lo que ahorran palabras; ni blasfemias atroces para ponderar lo que se quiere á una rapazuela. La mayor parte de los revisteros han opinado que el autor de las *Odas*, *Epístolas* y *Tragedias* será erudito, crítico, lo que quiera; pero poeta... ¡no en sus días!

Dicen que es frío, demasiado sobrio, oscuro... sobre todo, oscuro. Por ejemplo: ¿qué quiere decir esto?

¡Dísticos vengadores de Tirteo,
Que del duro Lacón el pecho inflaman
En la feroz Mesénica contienda!

Y, en efecto, todo eso debe de ser oscuro cuando se ignora la historia de Grecia.

A Dios gracias, Menéndez Pelayo no piensa, al escribir, en agradar á esos críticos, que no saben más griego que el de *El Joven Telémaco*, de Blasco.

El libro de que trato va precedido de una carta muy larga del Sr. Valera. Pocas cosas se podrán decir para

defender los versos de Pelayo, que no las haya dicho el embajador ilustre en el prólogo, que tiene ochenta y cinco páginas bien aprovechadas. D. Juan dice que Marcelino no es sólo poeta lírico, sino que es de los mejores.

Yo no voy tan allá, si Valera quiere hablar en serio y referirse sólo á los mejores de verdad; pero si en la lista mete al Sr. Campillo, como le mete, y dos veces, en tal caso opino que Menéndez es óptimo poeta lírico. Como los poetas no se toman al peso, no diré cuánto más valen Campoamor y Zorrilla, por ejemplo, como poetas, que Menéndez Pelayo; pero es indudable que valen mucho más, y esto no es ofenderle. Si me dice Valera que vale tanto Pelayo como Querol, respondo que es muy posible, y que acaso llegue á valer más. De modo que vengo á estar conforme con el Sr. Valera, si me concede que con los poetas sucede como con los *violinistas* de aquel maestro de un rey de Inglaterra. Menéndez Pelayo vale más que muchos poetas que algunos llaman mejores, y que está por ver si son buenos.

Si he de ser sincero, necesito declarar que, cuando no se trata de uno de esos grandes ingenios que traen algo nuevo al arte, y necesitan expresarlo en forma de poesía, no creo en la diferencia entre los talentos literarios que se dedican á escribir en verso y los que se quedan con la prosa. Veo en Menéndez Pelayo un hombre de grandísimo ingenio, de un gusto exquisito, de original y penetrante discreción, capaz de sentir y

comprender muchas cosas con que ni sueña el vulgo de los hombres; veo que sabe expresar esto que por dentro le sucede, en forma bella, graciosa, exacta y enérgica, y en prosa y en verso le tengo por un buen escritor. ¿Qué eso se llama ser poeta cuando se escribe en verso? Enhorabuena. Pero déjeme el Sr. Valera que también le llame poeta á él cuando leo *Asclepigenia* y la descripción de *La Nava* en el doctor Faustino, y... casi todo lo que ha escrito en sus novelas. En una palabra, que casi no creo en eso de ser poeta ó no ser poeta, segun la distinción corriente. No admito que el saber decir las cosas en forma rimada, usando ese lenguaje escogido (que no todos creen necesario; Campoamor no lo cree), divida á los hombres en castas, y unos sean por eso poetas y otros no. Todos llamamos á Echegaray, v. gr., poeta dramático; ¿dejará de serlo el día en que escriba sus dramas en prosa, y sólo en prosa? Claro que no; sus facultades seguirán siendo las mismas; no habrá más diferencia que sus dramas habrán ganado en naturalidad y verosimilitud. ¿Es esto decir que yo profeso la teoría de la *poesía en prosa*? Apenas lo sé. No soy partidario de que se llame así. Creo que en esto de las palabras, lo mejor es dejarlas como están, y llamar poesías á lo que va en verso; pero, amigo, las personas ya merecen más consideraciones, y si se llama poeta al que escribe en verso, ha de ser en el sentido restringido, aludiendo sólo á la forma de su lenguaje.

Pero entrar en esa psicología fantástica del numen, y el genio, y la inspiración, y el arrebato, es lo que yo no quiero, y en ese sentido protesto contra la pretensión de que el Sr. Velarde, v. gr., sea más poeta que yo, que tengo un corazón de oro y me enternezco en seguida y veo las cosas abultadas, aunque no patas arriba, y perdónese la palabra.

Con esta mi manera de ver las cosas, no explicado del todo, porque no es necesario, es claro que Menéndez Pelayo es para mí poeta; y bueno, porque siente, piensa y escribe bien, muy bien. Tiene muchas cosas que decir, y las dice perfectamente.

Pongamos otro ejemplo: Castelar y Núñez de Arce. Nadie dice que el primero es poeta, ni hay para qué, pues tenemos una palabra más propia para decir lo que es: orador. ¿Quiere esto significar que Castelar tenga menos imaginación y menos belleza en la expresión para hacernos ver sus imágenes? No. Y sin embargo, está bien el decir que Núñez de Arce es poeta y el otro no; porque Núñez de Arce, á más de las facultades comunes á los dos, la imaginación, la bella y enérgica forma del lenguaje etc., etc., tiene la de saber poner todo eso en versos primorosos. Por eso es poeta, y el otro no; no por cualidades interiores.

Y entendiéndolo así, ¿es poeta Pelayo? ¿Sus versos indican que sabe expresarse bien de esta manera? ¡Pues ya lo creo! Y aquí vuelvo á decir que es un poeta muy bueno, porque sus versos son de forma pura, elegantes;

son correctos, son fáciles casi siempre y dicen con mucha propiedad lo que se quiere decir, que suele ser ideas, sentimientos é imágenes de gran belleza.

¿Es poeta en ese otro sentido más elevado en que lo son Victor Hugo, Goethe, Dante, Byron, etc.? No. Los que niegan á nuestro académico la condición de poeta, aun en el sentido en que uso yo la palabra, lean su elegía, lean *La Galerna del Sábado Santo*, y serán muy injustos si insisten en afirmar que Menéndez Pelayo ni siente ni padece, y es frío y duro. Aquella elegía es una joya de la poesía castellana; tiene la sobriedad y la grandeza de la elegía á las Musas, de Moratín, con más ser más simpático el asunto y más natural la forma.

¿Qué mayor sencillez, naturalidad y sentimiento que los que hay en estos versos, al hablar de una frase de Menandro: *On oi zeoi filousin, apozneskei neos?* El que los dioses aman muere joven...

No sé qué vaga nube,
De futura tormenta anunciadora,
Cubrió mi frente al encontrar perdida
De un escoliasta en las insulsas hojas,
Esa eterna razón de lo que muere
Antes de tiempo y sin razón cortado.

Yo leo y vuelvo á leer cien veces esta elegía hasta aprenderla de memoria, y no sé qué pueden encontrar en ella los críticos que sea duro, frío, rebuscado ni oscuro. Todo es luz y armonía, tristeza verdadera, ex-

presada con calor, con verdad, sin que para esto estorbe la limpia nobleza de la frase:

Blanco de ciega saña
Nunca se vió, ni de traición aleve,
Ni, rota el ara del amor primero,
Halló trivial lo que juzgó divino.

Estas palabras, no por estar escritas en el tono de lo que llaman algunos estilo noble y serio, dejan de ser sencillas, propias y muy expresivas de lo que el poeta quiere dar á entender.

La elegía termina así:

¡Morir, no en celda estrecha aprisionado,
Sino á la luz del sol del Mediodía,
Y sobre el mar que ronco festejaba
El vuelo triunfador del alma regia,
Subiendo libre al inmortal seguro!
¡Morir entre los besos de su madre,
En paz con Dios y en paz con los humanos,
Mientras tronaba desde rota nube
La bendición de Dios sobre los mares!

—¿No es esto poesía? ¿No es esto digno de Núñez de Arce? Pues Menéndez ha escrito muchos versos así; y sin necesidad de llamarle gran poeta, se pueden ahorrar la injusticia de tenerle por versificador empalagoso los que ponen en los cuernos de la luna á varios jóvenes á quien ha dado por ser *descriptivos*, como ellos dicen, y hacer frases y cuadros de género... ambiguo. No llega Menéndez Pelayo á nuestros grandes poetas, pero es

mejor que tantos y tantos como hoy pasan por tales porque halagan el mal gusto reinante. ¿No se ha alabado aquí á muchos imitadores de Becquer, de Campoamor y de Núñez de Arce? Pues superior, y con mucho, á todos ellos es Pelayo, que no imita á nadie; porque cuando quiere seguir las huellas de otros, traduce, y con gran acierto, penetrando el más profundo sentido del original.

Lo que no gusta á muchos en los versos de Menéndez Pelayo es el conocimiento que en ellos demuestra de la Mitología y de la historia y literatura clásicas. ¿Pero es esto un defecto? Esos que tanto hablan de Goëthe, ¿le han leído en todas sus poesías? Pues allí hay alusiones constantes á toda clase de sabiduría, y se asimila el autor, no sólo ideas y sentimientos de los clásicos, sino de los indios, y hay muchas poesías muy hermosas que no entenderá bien el que no conozca la filosofía y las costumbres de la India.

Leopardi, otro poeta de quien no se habla tanto, era, muy joven todavía, un gran helenista, y eso no le impedía tener el genio más original de su tiempo.

Otro de los reparos que se hacen á las poesías que ligeramente examino, se refiere á la clase de forma métrica que generalmente se emplea.

El verso libre, se dice, no se usa en esta tierra, y se recurre á él cuando no se sabe encontrar fácilmente los consonantes. El argumento es pueril y falso; si es nacional el verso libre; y si no es común, como dice Valera,

bien, eso no importa; ya se irán ustedes acostumbrando.

En lo que hace mal Menéndez es en no cuidar con más esmero la terminación de los versos, para evitar las asonancias que son frecuentes en los suyos. Pero esto mismo prueba que escribe con más facilidad y prisa de lo que suponen sus enemigos.

En cuanto á la mezcla feliz del verso libre y el aconsonantado, que empleó tantas veces Leopardi, yo creo que es muy buena innovación, que podría evitar no pocos ripios.

Si mi consejo valiera, se suprimiría de la colección algunas poesías que parecen de encargo, que son de pensamiento trivial y desempeño poco feliz, como, por ejemplo, el soneto al Sr. Laverde Ruiz; que por otra parte tampoco merece tantos sonetos como descubridor de la filosofía española.

En las poesías amorosas, que son casi todas muy elegantes y bien sentidas, algunos dicen que se conoce que el autor *no la ha corrido*; y el mismo Valera parece como que se burla un poco, de buena manera, por supuesto, de las relaciones que el poeta tuvo con Epicaris.

Yo no creo que la poesía lírica obligue á correr aventuras; y si M. Pelayo se hubiera dedicado á eso, no sabría el griego y el latín que sabe. Bueno es que haya de todo; y no todos hemos de ser unos holgazanes y seductores de modistas.

Para eso ahí está toda la clase de subtenientes de

nuestro glorioso ejército; no para ser holgazanes, se entiende, sino para tener aventuras baratas.

Ahora quisiera decir cuatro palabras al ilustre autor del prólogo, si no fuera tarde.

El Sr. Valera sabe si yo le tengo por hombre de talento, además de erudito, hablista, etc., etc., y embajador. Por lo mismo siento que diga aquellas cosas de Zola, sin haberle leído como Dios manda, según él mismo confiesa.

Yo opino que para atacar al naturalismo militante debe hacerse lo que está haciendo la señora Pardo Bazán; estudiarlo bien en todas sus obras notables, y muy seriamente. Sólo que en este caso suele suceder que el que empezó atacando, acaba aplaudiendo.

Propongo al Sr. Valera que en cuanto caiga la fusión y le dejen cesante, consagre sus ocios á estudiar la escuela que hoy combate. Y para entonces le espero, dada su sinceridad en estas materias (1).

Para concluir, me atrevo á rogar á Menéndez Pelayo dos cosas: que siga escribiendo versos como la Elegía, La Galerna, La Epístola á Horacio, etc., y traduciendo mucho, como él sabe hacerlo, que la literatura española ganaría algo con esto.

Y nada de sonetos á Laverde Ruiz.

(1) Al reimprimirse este artículo, el Sr. Valera está publicando en la *Revista de España* una serie de artículos en que demuestra haber leído ya muchos libros naturalistas. Como en ese estudio me honra varias veces con alusiones, pienso hablar de tan notable trabajo en uno de mis folletos literarios.



GUERRA SIN CUARTEL

NOVELA ORIGINAL DE DON CEFERINO SUÁREZ BRAVO

PREMIADA POR LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

I

SIEMPRE que tengo necesidad de hablar mal de la Academia recuerdo que de ella forman parte muchos ilustres publicistas, cuya amistad es una de mis mayores vanidades; á los cuales acompañan otros no menos insignes literatos que, si no son amigos míos, me pueden contar en el número de sus admiradores.

Castelar, Martos, Zorrilla, Campoamor, Núñez de Arce, Echegaray, Valera, Menéndez Pelayo, amigos son, y yo constante, incansable pregonero de sus méritos indiscutibles; y Tamayo, Alarcón y algunos otros, aunque no me honran con su trato, reciben de mí justos elogios siempre que la ocasión se presenta.

¿Qué podré decir contra Madrazo ni contra Eduardo Saavedra? ¿Cabe que yo murmure de los Guerra, de Galindo de Vera, ni de Castro y Serrano? De ningún modo. ¿Y qué argumento se me ocurre para re-